

aquel país en donde dejaba á su anciana madre y tantos seres queridos y amigos sinceros.

Samson le repetía:

—¡Mucho ánimo! ¡Tu volverás! ¡Nos encontraremos de nuevo!

Y el cazador de topos balbució:

—Sí, sí, no temas nada... yo la diré...

Pero el pobre hombre temblaba y gruesas lágrimas llegaban á sus pestañas.

Por fin fué preciso separarse.

Había llegado la hora.

Los últimos apretones de manos se cambiaron con las últimas recomendaciones.

—Escribenos... Danos noticias... á menudo.

Un empleado gritaba:

—¡Señores viajeros para Rouen y El Havre, al tren!

Juan montó en un coche.

El tren partió.

A las seis de la mañana llegaba al Havre.

A las ocho se embarcaba para Southampton, y muy pronto vió desaparecer en el horizonte las costas normandas.

Al día siguiente tomaba, en compañía del honrado señor Turner que quería absolutamente no separarse de él, un billete de primera, que no le costaba más que uno de segunda, por favor especial del dicho señor Turner, administrador de la Compañía de los steamers para la Australia, y al pasar de la Mancha al Océano, enviaba con la mano un beso á las costas que dejaba detrás de sí, preguntándose con el corazón oprimido por una indecible emoción.

—Los volveré á ver algún día?

QUINTA PARTE

EL RAMO DE OLIVO

I

La villa de las nieves.

Hacia mediados de agosto, tres señoras de una edad muy diferente se apearon de un tren que llega á las diez de la mañana á Interlaken.

Por su elegancia, aunque las dos más jóvenes vestían de luto, y por ese yo no sé qué caracteriza á nuestra raza y la distingue de las demás, aun de aquellas que más se le parecen, se conocía en seguida que eran francesas y de la más alta sociedad.

Iban acompañadas de dos doncellas, una de las cuales vestía también de luto.

La señora de edad, hermosa aún y de un aspecto muy imponente, que parecía dirigir la marcha de aquel pelotón femenino, hizo señá á un cochero que con su coche de alquiler, tirado por dos caballos, estaba parado á la puerta de la estación. El auriga se acercó en seguida.

Era un anciano de cabellos blancos y de cara honrada y pacífica.

La duquesa de Reville, que era ella, la preguntó:

—¿Podríaís indicarnos alguna casa para alquilar?

—¿En la ciudad?

—O en los arrabales.

—Ciertamente, señora. No faltan. Encontréis todo lo que queráis.

Comenzó el paseo.

Las tres señoras y las dos doncellas se instalaron en el vehículo y la duquesa dijo á una de las dos jóvenes de luto á quienes servía de guía.

—¿No os sentís demasiado fatigada, Fernanda.

La señorita de Corbiere sonrió tristemente.

—Verdaderamente, no hemos hecho bastante camino para que pueda estar cansada—dijo Fernanda, ¡Tres etapas para venir desde Ginebra!...

—El doctor ha ordenado las mayores precauciones—observó la otra joven, Teresa Montarón, que seguía desempeñando las funciones de señorita de compañía de la duquesa.

—¡Por mí preciosa salud!—añadió Fernanda con dulce encogimiento de hombros.

—Querida niña—repuso vivamente la condesa—vuestra salud es preciosa para todos los que os quieren y como nosotros os queremos.

La joven dió las gracias con una mirada.

Fernanda acababa de salir de una enfermedad larga.

Su cara tan graciosa, tan distinguida, estaba todavía sumamente pálida.

Todo su cuerpo habia adelgazado mucho, andaba con cierta languidez y parecía ligeramente encorvada.

En efecto, á consecuencia de la siniestra escena de la Opera Cómica, del terrible incendio que la habia destruido completamente y del peligro que ella habia corrido, menos conmovida, sin embargo, por aquel peligro del que la abnegación de Juan Montarón la habia salvado que por los seres que habia perdido y por el espectáculo terrorífico que permanecía gravado en su imaginación, habia sido presa de una fiebre que, durante algunas semanas habia causado las más vivas inquietudes á sus amigos.

Además de esto, hasta entonces solo ella conocía una parte de las causas que habian determinado en ella la sacudida que la tenía abatida y como destrozada.

Entre las victimas del desastre de la Opera Cómica, habian registrado los periódicos á la señora de Corbiere y su hijo el conde Gabriel, con tantos otros, pero en la catástrofe, su muerte habia pasado casi desapercibida, y sobre todo, nadie sospechaba el drama que habia tenido lugar en secreto, en el palco del conde Gabriel durante aquella nefasta soirée.

Hasta entonces, todavía Fernanda no habia tenido valor para anunciar á Teresa Montarón, que la prodigaba las más delicadas atenciones y los cuidados más cariñosos, la noticia que debia de cambiar su condición.

No tenía ni la fuerza, ni la decisión necesarias para abordar tales asuntos, y sin embargo

hubiera querido concluirlos; pero su confidente, el dependiente mayor del señor Dubreuil, y el mismo señor Dubreuil, á quienes había consultado, la habían contestado, con el cariño que por todos conceptos la merecía:

—¡Curaos primero!... ¡después veremos!

¿Qué importaba, en efecto, que aquella dulce Teresa fuese rica algunos días más tarde ó más temprano?

Su hermano Juan, al salvar á la señorita de Corbiere, se había rehabilitado por quel rasgo de audacia y de valor.

Después había partido para Australia.

Ahora estaba á cubierto de los peligros que hubieran podido alcanzarle en Francia.

Mientras que Teresa velaba en el hotel de la duquesa de Reville á la cabecera del lecho de Fernanda, la enferma la había tratado como la mejor de las amigas, hablándola de su salvador la había dicho:

—Yo le salvaré á mi vez.

Había añadido varias veces:

—Yo haré la felicidad de todos vosotros... yo lo quiero... debo hacerlo, y además será un acto de justicia.

Pero cuando quería entrar en algunos detalles, cuando la penosa confesión venía á sus labios, Teresa la cerraba la boca diciendo:

—¡Ahora no!... El doctor ha recomendado el silencio, el reposo... ¡Más tarde!

Entretanto el vehículo, tapizado de terciopelo rojo, que constituía un objeto de lujo para la gente del pueblo, acababa de atravesar al trote lento de sus dos caballos, la célebre

avenida de los Nogales, que sirve de paseo favorito y de punto de cita á los extranjeros y á los habitantes de Interlaken, y varios veces se ha detenido ya, inútilmente, delante de villas en las que se veían escritos que anunciaban que se aquilaban, cuando de pronto Fernandá hizo señas con la mano y dijo:

—¡Allí!

Acababa de reconocer la finca ocupada el año anterior por Elena Noel.

Aquella villa estaba vacante.

El cartel ordinario lo indicaba á los paseantes.

Sobre uno de los pilares de la verja se veía una placa de mármol que tenía este nombre en letras doradas:

VILLA DE LAS NIEVES

La duquesa y su escolta entraron en la casa. No tardaron en salir de ella. En pocos instantes quedó hecho el trato.

Tres mil francos por seis semanas.

La señora de Reville llevó en seguida á su batallón á almorzar al hotel de la Metrópoli; después volvió á tomar posesión de su inmueble, en donde ya un cocinero y tres criados que había dejado en la estación, estaban colocando los equipajes.

Aquella villa era, en efecto, la que el conde Gabriel había alquilado un año antes para aquella Elena que debía tener, como él, un fin trágico.

Es difícil soñar un nido más delicioso.

A las seis de la tarde estaba sentada la señorita de Corbiere en su habitación, en el primer piso de la villa, cerca de la ventana, con los ojos fijos en el macizo de montañas de los que la Jungfran forma la cima á más de cuatro mil metros de elevación.

El sol al ir bajando en el horizonte lanzaba sobre los ventisqueros resplandores de púrpura que hicieron estremecerse á la convaleciente.

En aquella irradiación de luz creía ella volver á ver las llamas del incendio de que había sido testigo.

No podía pensar en aquel incendio sin sentir un estremecimiento de horror.

¡Qué duelo para ella!

En adelante estaba sola.

En aquella catástrofe había perdido todo.

De los Corbiere-Latouche, no quedaba más que ella.

En el espacio de pocos meses había visto perecer á su hermano Rolando, á su madre y al conde Gabriel, todos de muerte violenta.

El hijo de su hermano Rolando y de Teresa Montaron ya no existía.

Por fin, la carta de su hermano Gabriel la había revelado un secreto odioso.

No la había leído hasta hacía pocos días, cuando la fiebre que se había apoderado de ella, cedió por fin vencida por la ciencia del doctor Villiers y los infinitos cuidados de que estaba rodeada.

Aquella carta la había consternado.

Entonces fué cuando, en un momento de

desaliento y de desesperación, se había arrojado en los brazos de la duquesa, diciéndola:

—Os lo suplico, llevadme lejos de aquí, muy lejos.

Quería huir de sus recuerdos y sus recuerdos la perseguían hasta en aquel retiro, en donde se sentía, sin embargo, más tranquila.

Los encontraba también, pero más dulcificados, menos amargos, y un deseo de hacer olvidar el mal de que ella era inocente, y de olvidarlo ella misma la sostenía y la inspiraba las ideas más generosas.

¿No tenía entre sus manos el medio de repararlo todo, de poner remedio á las durezas é injusticias de su madre?

¡Era rica!

¡Desde su infancia, no era su sueño no ver más que gentes felices á su alrededor!

Se decía que si su madre hubiese pensado como ella, se hubieran evitado terribles desgracias.

En el momento en que se sumergía en estas reflexiones, llamaron suavemente á la puerta, que se abrió.

Entró la duquesa.

Se dirigió adonde estaba la convaleciente, la contempló un instante y la preguntó con una maternal sonrisa:

—¿Cómo estamos?

—Me siento mejor.

—¿Estáis bien aquí?

Fernanda se inclinó.

—Espero que recobraréis las fuerzas.

—Yo también lo espero.

Fernanda miró á la duquesa con sus grandes ojos de terciopelo.

—Si ha vuelto á apoderarse de mi el deseo de vivir—dijo con energía,—os juro que es gracias á vos.

—Y yo os aseguro, mi querida hija, que la misión que me he impuesto me es grata.

La señora de Reville cogió una silla, se sentó cerca de su enferma, y dijo:

—Ahora, vamos á hablar un momento...

—Si queréis—dijo Fernanda sorprendida.

—Y muy seriamente—añadió la duquesa.

—¡Ah!

—Con permiso de la Facultad, porque ya estáis, á Dios gracias, fuera de apuros. Escuchadme pues.

II

Confesión.

La señora de Reville se puso muy cerca de Fernanda y con voz acariciadora, empezó diciendo:

—Me han encargado de una misión y tengo interés en cumplirla cuanto ántes. Se trata de vuestro mejor amigo...

—¿Del señor de Sauves?

—Del mismo.

—¡Ah!—dijo la joven.

—El pobre muchacho os ama... ¿Vos no lo dudáis?

—No.

—Os ama desde hace mucho tiempo... El os lo ha dicho y vos le habéis escuchado con complacencia primero... pero después se ha verificado un cambio en vuestro espíritu... un cambio muy grande... ¿Convenís en esto?

—Lo confieso.

—Sin embargo, vos misma me habíais manifestado una gran simpatía por él...

—Esa simpatía sigo sintiéndola.

—Afecto...

—Profundo, es verdad.

—Huberto no ha hecho nada para que se lo retiréis.

—Por eso mi amistad por él no ha hecho más que acrecentar.

—¿Sois sincera?

—No lo dudéis.

—¿Entonces, por qué le rechazáis?

La conyaleciente vaciló un segundo, una lágrima asomó á sus ojos, y contestó:

—¡Por deber!

A la duquesa la llamó la atención el tono con que la señorita de Corbiere pronunció estas palabras.

Repitió:

—¿Por deber decís? No os comprendo, Fernanda.

—Es que hay cosas que ignoráis y que yo me avergonzaría de confesaros.

Y como la señora de Reville la mirase con sorpresa, exclamó:

—Pues bien, sea la que quiera mi vergüenza al deciros lo que ha pasado, por lo que sufro, lo que en fin, me hace la vida dolorosa, vais á saberlo todo.

Añadió con acento de súplica:

—Vos sois buena... Me aconsejaréis... me direis lo que debo hacer.... Tengo confianza en vos...

Entonces refirió á la duquesa todo lo que sabía desde el día en que había arrebatado de las manos á Launay el testamento de su hermano Rolando en favor de Teresa Montaron y de su hijo; la contó la escena de que había sido testigo en la Opera Cómica, el asesinato de su hermano Gabriel ante sus ojos. Elena Noel negándose á seguir á su primer marido y muriendo con su amante; después la dió la carta del conde Gabriel diciéndola:

—Leed y veréis si tengo razón de desesperar.

Cuando la señora de Reville hubo concluído la lectura de aquella carta, que la dejó llena de estupor al saber por fin las verdaderas causas de aquel extraño drama, la señorita de Corbiere prosiguió con calor.

—Comprenderéis que una vida de sacrificios no será bastante para reparar tantas faltas. Ignoro lo que haré, pero quiero permanecer libre hasta el momento en que haya acabado mi obra de reparación... Decid, pues, al señor de Sauves que no me casaré con él; que no le deseo más que dicha; que elija una joven pura y buena, que será para él una felicidad unirse á ella; que yo le haría la vida demasiado amarga, y que en adelante no hay ya lugar en mi espíritu más que para los recuerdos más sombríos y más penosos... Decidle que le veré siempre con la mayor alegría, y que mi afecto hacia él no tendrá límites si él consiente en considerarme como á una hermana.

Habló largamente.

Explicó á la duquesa sus disensiones con su madre; la dijo cómo poco á poco, á medida que la condesa se hacía más severa para los Montaron, más injusta, ella creía un deber sostenerles y ayudarles, y por fin la desesperación que de ella se había apoderado al comprender á qué excesos de injusticia y de crueldad se había rebajado su propia madre.

Y concluyó diciendo:

—He creído durante algunos días que iba á perder la razón... ¡Vos me habéis salvado!

Entonces la dijo la duquesa:

—De modo que no os casaréis con el marqués.

—Ni con él, ni con ningún otro.

—¿Es posible!

—A menos de un acontecimiento que no puedo prever, no me casaré nunca.

Fernanda confesó por fin todo, excepto el sueño misterioso á que se entregaba en secreto, su intriga, por otra parte bien inocente con Marcelo Montaron.

La señora de Reville comprendió que la voluntad de la joven permanecería inquebrantable.

—¡Sea!—dijo.—¿Y ahora qué vais á hacer?

—Primero devolver á Teresa los bienes de mi hermano Rolando.

—Es inútil apresurarse.

—Habláis como el Sr. Dubreuil.

—Algunos días más ó menos no merecen la pena de precipitarse.

—¿Por qué callar lo que acabo de deciros?

La duquesa sonrió.

—¿No acabáis de decirme que tenéis confianza en mí?

—Una entera confianza.

—¿No queréis casaros con el marqués de Sauves?

—Le haría muy desgraciado... y creo que yo lo sería también.

—¿Entonces no os opondréis á que se case con otra?

—Ciertamente que no...

La señorita de Corbiere, al pronunciar estas palabras, fijó los ojos en los de la duquesa y la dijo;

—Sed franca...¿Tenéis una idea?...

—Tal vez.

—¿Y es?

—Que el marqués os hubiera amado como vos lo merecéis, Fernanda....

—¿Pero?

—Que si le rechazaráis...

—¿Buseará consuelo en otro lado?...

—¿Os disgustaría eso?

—¡Ah! ¡Dios mío! no. Por el contrario, hago votos porque encuentre una joven digna de él.

—¿Creo que la ha encontrado!

—¡Teresa!—exclamó Fernanda.

—¿Si fuera esa?

—¡Yo lloraría de alegría!

—¿De veras?

—¡Os lo juro! Partiría mi fortuna con ella.

La señora de Reville movió la cabeza.

—Haríais muy mal—dijo.

—¿Para qué necesito tantos millones?

—Cuando se tienen, es preciso guardarlos para hacer buen uso de ellos. Afortunadamente estamos aquí el señor Dubreuil y yo para impedir vuestras locuras.

—¿Amará Huberto á Teresa?

La duquesa respondió con delicadeza:

—Mientras que conserve una esperanza de vuestra parte, no amaré más que á vos, estoy segura de ello; el día en que le hayáis quitado toda esperanza, sí, yo creo que amaré á Teresa.

Por la cara de la convaleciente se exparcó una alegría tan viva, que la señora de Reville, segura de su franqueza, la dijo:

—Bueno; puesto que ese proyecto os sonrie,

Fernanda, dejadme obrar; no hagáis nada... Que esa pobre Teresa siga ignorando algún tiempo su nueva fortuna... Vamos á tener visitas... Os distraerán... Todo el mundo os quiere, los que os redean y los que van á venir...

—¿De Sauves?

—Sí.

—¿Le esperáis?

—En efecto.

—¿Cuándo?

—Mañana; esta noche tal vez.

—¿Se quedará aquí?

—No en esta villa, pero en Interlaken, sí.

El ruido de un coche que se paraba delante de la verja, hizo que las dos mujeres se asomaran á la ventana.

Un joven en traje de viaje saltó á la acera.

Se detuvo medio segundo mirando á la verja y fijó la vista en esta inscripción: *Villa de las Nieves*.

Después llamó.

Ya salía á su encuentro una criada.

Dejó su pardesús en el coche y entró.

Vestía un elegante terno azul marino; llevaba sombrero del mismo color y una rosita en el ojal.

La ventana del cuarto de Fernanda estaba abierta, y las dos mujeres invitaban con señas al viajero á subir.

Subió, y al entrar preguntó á la señora de Reville:

—¿Y bien?

La duquesa le dijo estas palabras:

—¡Como una hermana!

La mirada que las acompañó era muy expresiva.

El marqués quedó un momento desconcertado; pero tomó su partido, y dirigiéndose á la señorita de Corbiere:

—¿Es vuestro deseo?—preguntó.

Fernanda se inclinó.

—Seré para vos un hermano—dijo el marqués.

E inclinándose sobre las manos de la joven, llevó las dos á sus labios y las dió un casto beso.

Pocos momentos después montaba en su coche y decía al cochero:

—Hotel de la Metrópoli.